

EL 11-S Y EL NUEVO ESCENARIO ESTRATÉGICO

LA GLOBALIZACIÓN

Sólo el paso del tiempo permite calibrar la relevancia de un acontecimiento, y lo usual es que vaya a menos para deslizarse desde la memoria al recuerdo y, finalmente, al olvido. No siempre es así, como sabemos bien los españoles de hoy, asombrados ante el intento (superficial, por cierto, y ya fracasado) de sacar del recuerdo lo que es historia. Y ciertamente no es así con el 11-S, cuya importancia crece y se magnifica al pasar de los años. Lo que no debe sorprender. Todos intuimos inmediatamente que algo importante, tremendo, y de gran alcance, tenía lugar ante nuestros ojos, de mayor alcance incluso que el desplome imponente de las Torres Gemelas de Nueva York con la muerte inmediata de miles de personas de cientos de nacionalidades. Y es seguro que todavía necesitaremos distancia y perspectiva para calibrar su alcance. Pero en todo caso, en aquellas imágenes teníamos ya la certificación del fin de una época y de una esperanza pero también, al tiempo, y como en una miniatura, casi todos los componentes del futuro que hoy nos persigue amenazante o, cuando menos, inquietante.

Fin de una época y de una gran esperanza, ciertamente. Pues para quienes creíamos que el “corto” siglo XX (Hobsbawm) había finalizado en 1989 con el triunfo de la libertad sobre el totalitarismo soviético, el fin de Yalta y la di-

Emilio Lamo de Espinosa es Catedrático de Sociología

visión el mundo, el fin de la *non nata* Tercera Guerra Mundial, abriendo así una era esperanza, descubríamos atónitos que sólo había sido un paréntesis, un entreacto para cambiar de escenario y abrir de nuevo las “puertas de fuego” (K. Annan) del conflicto. La esperanzadora post-Guerra Fría acabó la mañana del día 11 para dar paso a la post-post-Guerra Fría (Richard Haas), casi la hegeliana síntesis entre la larga tesis (casi cuarenta años) de la Destrucción Mutua Asegurada y el Holocausto Nuclear, y la breve antítesis de los “felices años 90” (Stiglitz), años de generalizada seguridad, de generalizada democratización (la Tercera Ola huntingtoniana), y de generalizada prosperidad (la nueva economía.com). De modo que no es sorprendente que muchos aseguráramos, casi el mismo día 12, que el 11-S era el verdadero comienzo del siglo XXI (T. Garton Ash), pues con seguridad fue el comienzo de un nuevo escenario mundial que esperaba a ser descifrado: la globalización, la sociedad del riesgo, la hegemonía americana, la nueva amenaza del terrorismo, la inoperancia de Occidente y de las Naciones Unidas, la proliferación de armas de destrucción masiva. Todo estaba ya allí en aquellas terribles imágenes que aún hoy, al verlas por enésima vez, estremecen como el primer día, si no más.

Y en primer lugar, la globalización, sin duda el hecho más radical de nuestro tiempo. Pues que un conflicto religioso territorializado en Oriente Medio pueda acabar repercutiendo en Nueva York con letalidad bélica (más muertos que en Pearl Harbour) es, por sí mismo, un fenómeno nuevo. Si añadimos que se golpeaba a quien había sido aliado de los talibanes frente a la Unión Soviética, el asombro y la perplejidad suben de tono. Nadie esperaba el 11-S a pesar de las advertencias previas, y en esa sorpresa radicó el éxito. Pero en un mundo global las cadenas causales se alargan y entretrejen de modos sorprendentes.

La globalización como fenómeno radical de nuestro tiempo. Efectivamente, al acabar la Segunda Guerra Mundial escribía Ernest Jünger: “esta guerra civil mundial ha sido la primera obra común de la humanidad. La paz que le ponga término habrá de ser la segunda... La historia humana está tendiendo con apremio hacia un orden planetario.” Y ciertamente, el orden bipolar de la larga posguerra fue ya, no un orden europeo, sino planetario, en el que dos ideologías se disputaban la hegemonía del mundo haciendo in-

útiles con sus vetos a las Naciones Unidas. Tras 1989 ese orden planetario pasó a reposar en dos patas: de una parte un Occidente articulado por la Alianza Atlántica; y de otra, por las Naciones Unidas, que tuvieron por vez primera una seria oportunidad. La primera Guerra del Golfo fue una exhibición de lógica internacional en la que las democracias del mundo, amparadas por la ONU, hacían oír con firmeza su razón pero también su voluntad. Algunos creímos intuir entonces el comienzo de la lenta emergencia de un Estado democrático mundial. Ingenuidades que el 11-S y las campañas de Afganistán e Irak desvelaron.

Hoy el mundo tiene más problemas que soluciones (pero eso es la vida, al fin y al cabo...) y emergen por doquier problemas nuevos, hace décadas inexistentes o abordables por los Estados, pero que hoy sólo admiten ya tratamientos transnacionales, planetarios. Lo que quiero decir es que hay una agenda emergente de problemas que es la agenda del desgobierno mundial, y que es el producto y la causa de la globalización imparable del mundo. Una agenda que, si tratáramos de explicitarla, abarcaría al menos diez dimensiones de las que las primeras son el nuevo “triángulo del mal” compuesto por (1) el nuevo terrorismo internacional, de raíz islamista, pero en conexión con (2) la proliferación de armas de destrucción masiva, y éstas a su vez vinculadas a (3) la emergencia de Estados fallidos, no menos del 10% de los 200 Estados que componen el mundo. Todo ello con frecuencia lubricado por (4) el narcotráfico, la delincuencia organizada y el blanqueo de dinero; pensemos que el blanqueo de capitales representa (según el FMI) más de un billón de euros al año, más que el PIB español (octava economía del mundo). Y reforzado finalmente por (5) la geopolítica de la energía mundial, dependiente de Oriente Medio y Rusia, y sometida a presiones crecientes por la emergencia de nuevas potencias como China y la India, verdaderas aspiradoras de los recursos naturales del planeta.

Y a lo que debemos añadir todo aquello que circula normalmente por las porosas fronteras de los Estados en que se articula el mundo, a saber:

6. Personas: y hay 200 millones de emigrantes en una oleada mundial sin parangón desde finales del XIX que continuará imparable a medida que se acentúen las disparidades demográficas y de renta.

7. Capitales, pues el volumen de transacciones diarios sólo en los mercados de divisas es de 1,3 billones de dólares, generando una extrema volatilidad de los mercados financieros.
8. Mercancías: sólo el contenedor ha reducido el precio del transporte en 36 veces, de modo que la suma de exportaciones e importaciones, que era de 2 billones de dólares en 1986, es de 20,6 billones en el 2004. Al tiempo que la base de la economía pasa de la propiedad inmueble (la tierra) a la mueble (los valores), y desde ésta a los intangibles (las patentes, diseños, marcas y logos), la piratería y el control de la propiedad intelectual devienen problemas importantes.
9. Residuos, por supuesto, de todo tipo, lo que hace aflorar inmensos problemas medioambientales (mares, polución atmosférica, calentamiento global, residuos tóxicos), de urgente resolución, como acaba de recordar el Informe Steiner.
10. Y finalmente algo que siempre ha circulado generando problemas: los virus, con riesgos de epidemia y problemas sanitarios globales (como el SIDA o el SARS). Basta pensar que el número de turistas internacionales portadores de virus por todo el mundo ascendió de 230 millones (1976) a casi 1.500 (2005).

Hoy la economía, la política, la seguridad, la ciencia, la opinión pública, incluso los virus, son ya globales. Pero las gobernanzas, las democracias, los Estados y las arquitecturas políticas son locales. Tenemos una economía-mundo, como vio Wallerstein hace años. Pero también una ciencia-mundo y una tecnología-mundo, una moda-mundo, incluso (al menos *in statu nascendi*) una opinión pública-mundo y una cultura-mundo (cine mundial; literatura y arte mundial). Lo único que es local son las democracias y los Estados en que se articulan. Ni siquiera la Unión Europea es una democracia, como bien sabemos, de modo que la política y las relaciones internacionales siguen jugando con Estados soberanos que, como mucho, se juntan en organismos westfalianos como el sistema de Naciones Unidas.

Una globalización que multiplica los riesgos por su misma complejidad y entrelazamiento. El 11-S ejemplifica, casi magistralmente, lo que el sociólogo alemán Ulrich Beck había llamado en 1987 *risikogesellschaft*, la sociedad del riesgo: una sociedad en la que el entramado encadenado de causalidades y dependencias entrelazadas genera situaciones tales que pequeñas variaciones en un extremo son amplificadas por la red y producen consecuencias monstruosas en otro extremo, el caldo de cultivo de “efectos mariposa”. Dadme una palanca y moveré el mundo, podían decir los terroristas, pues con sólo unos cortapapeles consiguieron derribar las torres simbólicas del Comercio Mundial y de la globalización, utilizando los aviones como espoletas para hacer estallar las verdaderas bombas: las mismas torres. Jamás se representó con mayor énfasis el mito de un David pobre y débil contra el más poderoso Goliath. Un ejemplo que podemos multiplicar, pues nuestras sociedades están hoy traspasadas de causalidades perversas, múltiples escenarios de riesgo, (aviones, trenes, presas, ciudades, abastecimiento de agua potable, redes cibernéticas, comercio, petróleo), que pueden ser utilizadas con simplicidad para producir inmensas catástrofes. La complejidad, la lógica de redes, que nos hace fuertes, puede ser también nuestro talón de Aquiles.

La globalización, el nuevo “orden planetario”, es el primer problema del presente: nunca fue más cierta la afirmación del poeta latino Terencio: *humani nihil a me alienum puto*. Nada nos es ajeno. Pero carecemos de instrumentos de gobernabilidad global. Y el hiato entre mundialización y emergencia de problemas globales, de una parte, e instrumentos de gobernabilidad mundial, crece cada día.

EL HEGEMÓN AMERICANO

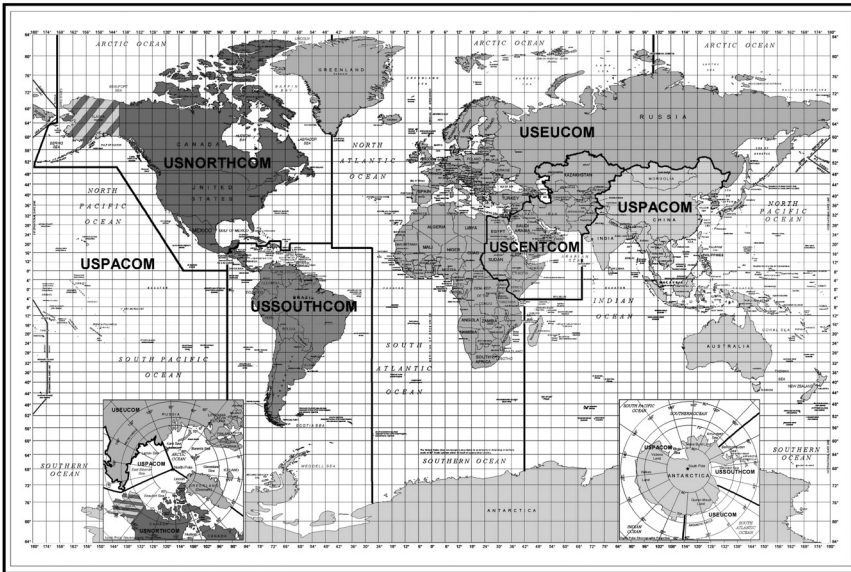
Y efectivamente, para hacer frente a ese desgobierno planetario no disponemos más que de dos instrumentos. De una parte el Hegemón, los Estados Unidos como corazón y cabeza de la Alianza Atlántica, que es tanto como decir Occidente. Con su inmenso (pero ilegítimo) poder fuerte, pero carente cada vez más de poder blando, de credibilidad y legitimidad. Y de otra, el sistema de Naciones Unidas, que es casi el reverso del anterior pues goza de legitimidad universal, pero es impotente e inoperante.

Por supuesto, el 11-S es incomprendible sin el Imperio americano, símbolo visible de la cultura (¿civilización?) occidental, rotundamente hegemónico tras la caída de la URSS, y sin cuya comprensión tampoco se entiende el terrorismo. Pues tras la multipolaridad westfaliana que desde 1648 nos vino regalando una guerra por generación, pasamos a las (pocas) Grandes Potencias del XIX, y desde ellas, a la bipolaridad de la segunda post-guerra y a la marcada unipolaridad del presente. Puede que jamás, desde Roma, haya habido tal asimetría de poder. Los Estados Unidos son el tercer país del mundo por territorio (tras Rusia y China) y por población (tras China y la India) y tienen una demografía sana, de modo que para el 2050 serán el único país occidental de entre los diez más poblados del mundo; en 1950 eran cuatro (Francia era el undécimo). Su economía es más del 30% del PIB del mundo, el equivalente a la suma de los cuatro países siguientes, y sólo en los años 90 los Estados Unidos le sacaron a la UE un volumen de PIB equivalente al español. Y si comparamos los 50 Estados americanos con los 15 de la antigua UE, resulta que Inglaterra o Francia serían el sexto Estado más pobre de los Estados Unidos (y España sería el Estado más pobre). Su PIB *per capita* es de unos

THE WORLD 1:135,000,000

THE WORLD WITH COMMANDERS' AREAS OF RESPONSIBILITY

EDITION 5-NMA SERIES 1107



40.000 dólares, mientras que el de la UE de 25 es de unos 25.000. Los americanos invierten en I+D tanto como todo el resto del mundo y disponen del 80% de los premios Nobel y de 17 de las 20 mejores universidades del mundo. Finalmente, gastan en defensa el 43% del total de gastos de defensa, casi el equivalente al resto del mundo. Con sus 17 bases y 725 instalaciones distribuidas en 139 países, y sus 1.400.000 soldados, de los que 250.000 están permanentemente fuera de sus fronteras, nada iguala la fuerza dura de los Estados Unidos. Por innovación y por capacidad es un Ejército imbatible en una guerra convencional, preparado y dimensionado para ganar al tiempo en dos frentes de batalla cualesquiera. Basta asomarse a la web del Pentágono para ver en ella un mapa del mundo y su precisa delimitación en seis Mandos Centrales a cuyo frente hay otros tantos Procónsules de varias estrellas encargados de supervisar el mundo entero, un mapa que merece ser meditado pues sólo un poder hegemónico necesita elaborar un mapa similar. Es más, si emerge un nuevo terrorismo es porque representa el nuevo arte de la guerra para un orden internacional en el que ya no caben guerras convencionales, pues éstas las ha ganado de antemano el Hegemón.

Los Estados Unidos son el único país del mundo que, como Inglaterra en el XIX, supervisa todo cuanto ocurre y, puesto que sus intereses abarcan el mundo entero, se ve obligado a pensar el mundo en su totalidad. Por supuesto, desde sus intereses y al servicio del *taxpayer* americano, vaya descubrimiento. Pero quien sueñe con una bipolaridad EE.UU.-UE hará bien en repasar los datos del problema.

Todo ello puede gustarnos o irritarnos, pero lo que no podemos es negarlo. Por lo demás, ¿no es una suerte que el Imperio sea una República, como recordaba Raymond Aron hace años? ¿Acaso no hemos aprendido los europeos que la multipolaridad es fuente de todo tipo de conflictos de soberanía, mientras que los Imperios, desde Roma a Inglaterra, han asegurado largos períodos de estabilidad y paz sobre extensos territorios? Sin duda el Imperio americano tendrá su fin. Como todos. Y no son pocos los que llevan más de treinta años anunciándolo, de modo que, antes o después, acertarán. Pero si el 11-S tuvo lugar, e incluso el modo y lugar como ocurrió, certifica su poderío, no su decadencia. La pregunta sería más bien: ¿fue el 11-S su Westfalia? Podría ser, pues eliminada la amenaza que representaba la vieja

URSS, los Estados Unidos alcanzaron el punto más alto de poder, y el punto más alto es siempre el comienzo del descenso.

¿EL RETORNO DE LOS DIOSES?

Pero el 11-S es, sobre todo, la espectacular puesta de largo de un nuevo terrorismo, cuyos orígenes conviene analizar. Se ha dicho que el modo como se cierra una guerra es el modo como se abre la siguiente. Así ocurrió con Versalles y la Segunda Guerra Mundial, y más tarde con Yalta y la Guerra Fría. Pues bien, la regla se cumplió de nuevo, y el modo de cerrar la Guerra Fría abrió la actual confrontación con el Islam.

Efectivamente, como sabemos, la Guerra Fría la cerró la caída de la Unión Soviética, que arrastra causa de la ocupación de Afganistán en 1979. Y como sabemos también, ahí están las raíces y el crisol del fundamentalismo suní y de la misma Al-Qaeda. Y un segundo dato que con frecuencia olvidamos: ese mismo año de 1979, justo diez antes de la caída del Muro, caía también el régimen del sha de Persia y triunfaban los ayatolás, de modo que otro fundamentalismo, ahora el chiíta, ocupaba el poder en ese enorme país.

Podemos, pues, decir que las dos máquinas del fundamentalismo islámico se pusieron en marcha el mismo año. Una, la chiíta, con el apoyo explícito de Francia (que fletó un avión para el regreso de Jomeini a Teherán) y de la opinión ilustrada europea, una vez más arrastrada por su antiamericanismo. La otra, la suní, la afgana-saudita, contaría pronto con el apoyo de los Estados Unidos, que la utilizarían (con éxito, por cierto) como ariete contra la URSS. Paradojas de Occidente, que hoy se tira los trastos.

Un terrorismo que emerge como único y último (?) modo de confrontar el modo de vida occidental-liberal, que es el nuestro (pero también el *american way of life*), basado en tres órdenes institucionales esenciales: el Estado democrático como forma política, la economía de mercado como modo de producción y la ciencia empírico-racional como forma cultural dominante. Los dos primeros vencieron tras el fin de la gran ilusión comunista, y por ello se pudo anunciar “el fin de la historia”: no había ni hay alternativa ni a la de-

mocracia ni al mercado (y quien dude de esto último que mire a China). Pero lo que está ahora en juego es la tercera pata de esa tríada institucional: la racionalidad, la secularización y la ciencia.

Efectivamente, podemos entender el siglo XX como el doloroso aprendizaje de la inexistencia de alternativa, ni al Estado democrático, ni a la economía de mercado, que deben darse juntas. El intento de generar democracias con economías centralizadas –y eso fue el comunismo– condujo al despotismo y la miseria. Y el intento (casi simétrico) de construir Estados totalitarios con economías capitalistas (y eso fue el fascismo) llevó al mismo resultado. El menospreciado libro de Fukuyama, al que aludía antes, *El fin de la historia* (casi incomprensible para quien no se había adentrado por los vericuetos de la lectura hegeliana de Kojève) contenía esa verdad fundamental: no hay alternativa viable ni a la democracia ni al mercado, que son a la postre las dos caras de un mismo orden institucional basado en la soberanía del individuo, ya como *homo oeconomicus* o como agente político, como productor o consumidor, de una parte, o como elector o elegido, de otra.

Pues bien, lo que hoy comenzamos a percibir es que ese doblete institucional democracia / mercado necesita una tercera pata, justo aquella que fue su raíz.

Pues si la soberanía del individuo es la base de la democracia o del mercado, lo es más aun la libertad de pensamiento y expresión, cauces para el diálogo, la racionalidad y la ciencia. La raíz de la cultura ilustrada, el *sapere aude* kantiano, la duda metódica cartesiana, el nada es sagrado y todo es discutible, el *Plus Ultra* baconiano, siempre más allá, la occidental “civilización de la trasgresión” (K. Pomian) la creencia en una razón universal anclada en la misma naturaleza humana y que todos podemos compartir, todo eso es el enemigo a batir por quienes están ya en posesión de la Verdad absoluta ante la que sólo cabe plegarse y rendirse. La batalla actual es ideológica, y se trata de defender el legado máspreciado de la Ilustración: que no hay nada por encima de nuestra capacidad de raciocinio, que debemos dejar atrás nuestra minoría de edad para pensar y discutir por nosotros mismos. La ciencia, articulación institucional de una racionalidad dialogante, es la tercera (y quizás primordial) pata del orden de la modernidad avanzada. Y no es casual que, justo al tiempo de que estalla la tercera revolución científico-téc-

nica (la primera fue la del neolítico y la segunda la invención del método científico en el XVII), y ésta se adueña de la economía y marca con su impronta la cultura moderna (la ciencia es la forma cultural dominante, señalaba Thorstein Veblen con agudeza a comienzos del siglo XX), justo entonces asistimos al más brutal retroceso ideológico.

Pues lo que alborea de nuevo en el siglo XXI y alimenta el nuevo terrorismo es un nuevo/viejo fanatismo religioso que ampara órdenes totalitarios, justo cuando todos creíamos que las ideas habían dejado de ser el motor de la historia sustituidas por las cuentas de resultados y la acción racional e instrumental (Weber, Elias). Todos éramos ingenuamente marxistas, de uno u otro modo, al creer que la superestructura ideológica era sólo el subproducto de una infraestructura de intereses materiales. ¡Qué engañados estábamos al creer en el “fin de las ideologías” y los “grandes relatos”! “Hasta el 11-S –escribe John Gray– la creencia generalizada era la de que el mundo estaba experimentando una constante secularización. Pero aquel 11 de septiembre la guerra y la religión se mostraron más íntimamente ligadas entre sí de lo que nunca habían estado en la historia humana. Los terroristas eran los soldados de infantería de una nueva guerra de religión”. No destruyeron las torres, dice Gray, “destruyeron toda una visión del mundo”.

Las ideas, las creencias, las concepciones del mundo, casi siempre canalizadas por las religiones, son y han sido siempre un poderoso motor de la acción de los humanos, capaces de diseñar estrategias racionales para cualquier objetivo, incluso el de degollar herejes. Recordemos lo que Weber nos enseñó: es posible racionalizar la conducta en las más variadas direcciones. Los monjes lo hicieron en la santificación extra-mundana, huyendo del mundo para refugiarse en los monasterios; el protestantismo ascético lo hizo en la dirección de una racionalidad intra-mundana y construyó la máquina del capitalismo burocrático moderno. Pero es también posible racionalizar el exterminio de judíos o el de herejes. Que el objetivo sea un horror, el mal mismo, no excluye, en absoluto, la extrema racionalidad instrumental del procedimiento.

Señala William Pfaff que “la guerra real... no es una guerra entre la civilización islámica y Occidente... sino entre la modernidad occidental y los valores, creencias y modos de vida del mundo moderno”. *The West versus the rest.*

Estaríamos pues ante la reacción del mundo que desea liberarse de Occidente. Nada más falso. No hay, ni es probable que haya, ningún fundamentalismo africano, quizás la familia cultural más alejada de Occidente. Tampoco son las religiones sapienciales, la sabiduría oriental (Budismo, Confucianismo, Taoísmo, incluso Hinduismo), carentes de visiones trascendentes o mensajes redentores, quienes azuzan el regreso de los Dioses ni guerra alguna contra el liberalismo occidental. Más bien al contrario, se suben al carro de la globalización para llevar a cabo la misma tarea modernizadora que los japoneses hicieron hace ya más de un siglo. Y por cierto con gran éxito. Tampoco hay retrocesos fundamentalistas en las otras religiones monoteístas del libro que, bien hicieron hace tiempo su reforma protestante, como el cristianismo, o han sufrido el Holocausto y bastante tienen con sobrevivir en un mundo que les es más y más hostil. Por lo demás, el judaísmo jamás tuvo vocación misionera. Basta leer los brillantes estudios de Inglehart sobre los valores en el mundo para comprobar qué culturas han pasado de valores tradicionales a modernos, y de modernos a post-modernos. Sin embargo, la excepción a esa tendencia secularizadora es el Islam, religión profética y absorbente como pocas, que ha podido sobrevivir al amparo de los petrodólares sin necesidad de modernizar sus sociedades, la que pretende arrastrarnos en su radical contra-reforma. Un Islam que ha intentado la doble vía de la modernización occidental, la soviética de las democracias populares (Argelia, Egipto, Libia, Irak), pero también la capitalista (Líbano, Irán, Arabia Saudita), fracasando en ambos casos para retornar, vencido, humillado y fracasado, a sus orígenes tradicionales, más o menos idealizados. Y hoy los 18 países de la liga árabe tienen el honor de contar con un PIB agregado inferior al de España. Es la maldición del petróleo, que pudre cuanto toca.

En todo caso hemos financiado generosamente, durante décadas, y seguimos haciéndolo, a quienes hoy se juramentan para degollarnos por herejes. Y desgraciadamente el totalitarismo islámico contra-reformista es ya ideología dominante en buena parte del mundo musulmán, desde Marruecos a Indonesia, amparado por madrasas, pseudo-intelectuales, medios de comunicación y gobiernos corruptos, y con la generosa benevolencia de no pocos occidentales, que siguen en la equidistancia. En un reciente trabajo en el *Foreign Affairs*, Richard Haas, que fue subsecretario de Estado con Colin Powell, nos lo advierte con crudeza: el mundo musulmán está perdido para la democracia

y la racionalidad durante bastantes lustros, y la imagen de Nazralah, el líder de Hezbolá, sigue a la de Bin Laden en la adoración de miles de musulmanes. “El Islam –escribe Haas– ocupará de modo creciente el vacío político e intelectual del mundo árabe fundando la política de la mayoría de los habitantes de la región. Tanto el nacionalismo árabe como el socialismo árabe son realidades del pasado, y la democracia pertenece a un futuro distante, si acaso”. ¿Es casual que, tras la ola democratizadora de los años 90, sólo el mundo musulmán –y especialmente el árabe– haya quedado inmune? Veamos los datos de Freedom House: aunque la oleada democratizadora de 1989 ha llevado el número de países libres de unos 30 a casi 90, reduciendo las autocracias en la misma medida, sólo 2 de los 47 países musulmanes, y sólo uno de los 18 países árabes, es libre.

Hace bien el Papa en recordar que la verdad y la violencia se repelen, aunque no será desde creencias religiosas desde donde se podrá combatir con mayor firmeza otras creencias religiosas. Es evidente que el Islam necesita su reforma protestante que, al reconocer la libre interpretación, permita el diálogo (y no la *fatua*) y la discusión racional, y separe la Iglesia del Estado. Pero hoy vive una poderosa contra-reforma antes de haber tenido la reforma.

LA AMENAZA TERRORISTA Y LA PRIVATIZACIÓN DE LA GUERRA

Pero el 11-S es, sobre todo, la espectacular puesta de largo de un nuevo terrorismo caracterizado al menos por todo lo siguiente: (1) buscar la mayor letalidad, sin límite ni control alguno; (2) ausencia de causas y objetivos específicos, pues sólo busca la destrucción total del “modo de vida occidental”; (3) con motivaciones más religiosas que políticas, así pues, trascendente e innegociable; (4) ubicuo en cuanto a su origen (casi cualquier país) y su destino (casi cualquier país occidental, cualquier espacio occidentalizado del mundo o cualquier “aliado” de Occidente); (5) con voluntad de auto-inmolarse, suicida; (6) y por todo lo anterior, prácticamente imposible de contener o de disuadir.

Terrorismo apoyado eventualmente por Estados, descolonizados o de la tercera ola, pero que han fracasado en su proyecto de institucionalización y generan (o caen en manos de) grupos terroristas a los que brindan el amparo

de una apariencia de legalidad internacional. O que, por el contrario, por su propia fortaleza, usan de ese terrorismo como arma para atacar los eslabones débiles de la cadena de Occidente, ya sean regímenes árabes pro-occidentales (Líbano o Israel) o la misma Europa.

Estados y grupos que pueden eventualmente adquirir armas de destrucción masiva, bien comprándolas en los diversos mercados negros que producen los Estados fallidos al desintegrarse (como es el caso de la URSS), bien produciéndolas directamente, pues la emigración de científicos y la propia globalización facilitan enormemente la tarea, no sólo de diseñarlas y producirlas, sino también de transportarlas a los lugares de uso.

Y que no estamos hablando de una quimera lo pone de manifiesto el caso Kahn. A comienzos del 2004 se supo que el científico paquistaní Abdul Qadeer Khan, padre de la bomba atómica y de la nuclearización de su país, y héroe nacional, había creado un verdadero supermercado de tecnología (e incluso de *hardware*) para fabricar armas nucleares, que vendió a una diversidad de compradores, entre ellos Libia y, por supuesto, Irán y Corea del Norte, y quizás también a grupos terroristas. La actual proliferación comenzó en un pseudo-Estado nuclearizado. Y quién sabe a quién estará hoy amparando Irán o Corea del Norte.

Nos encontramos, en suma, ante un fenómeno de inusual importancia: la privatización de la guerra y, en consecuencia, de la misma seguridad internacional. Frente al riesgo clásico de los Estados fuertes (que continúa), aparece el riesgo de los Estados débiles. Pero no sólo Estados, también pequeños grupos organizados están en condiciones de hacer la guerra, prácticamente en cualquier lugar, con lo que los Estados pierden el monopolio de la violencia internacional y las diferencias entre el hiper-terrorismo de alta letalidad (y que puede usar armas biológicas, químicas o incluso nucleares), y la guerra clásica, se desdibuja.

Grupos terroristas que, por supuesto, hacen la guerra al margen de todos los sistemas (jurídicos o políticos) desarrollados durante siglos para contenerla. Los Estados son sujetos, pero también objetos, del derecho internacional, y responden de pactos, acuerdos o interacciones que limitan su margen de maniobra y proporcionan unas razonables expectativas sobre su proceder.

Incluso aquellos que podemos definir como “fallidos” o “gamberros” forman parte de un tejido de relaciones que los limita y contiene y, en última instancia, tienen responsabilidades frente a sus ciudadanos. Pueden ser disuadidos o comprados, es posible negociar con ellos. Nada de todo eso contiene a los actores de la guerra privada que se mueven en un escenario en el que no existe ni el derecho internacional, ni organismos internacionales, ni comercio ni ciudadanos a quienes abastecer. Como señalaba la iniciativa estrategia de los Estados Unidos, “la disuasión ...es inútil contra redes terroristas que no tienen naciones o ciudadanos que defender. La contención no es posible cuando dictadores sin control, en posesión de armas de destrucción masiva, pueden lanzarlas mediante misiles o ponerlas a disposición de aliados terroristas”. De modo que la privatización de la guerra con el nuevo terrorismo de alta intensidad no sólo altera los parámetros de la inseguridad sino también los parámetros de las estrategias para hacerle frente.

Sería fácil exagerar la amenaza que supone ese nuevo terrorismo y haber comenzado este trabajo remedando el viejo Manifiesto Comunista: *Un fantasma amenaza el mundo...* Pero sería todavía más irresponsable minimizar el riesgo que ello supone, no sólo para quienes somos potenciales víctimas directas de esa amenaza, sino también para las indirectas. La misma *Estrategia de Seguridad Europea*, aprobada en Bruselas por la Conferencia Intergubernamental en diciembre del 2003, y aunque con notable retraso, vino a confirmar estos análisis al identificar las nuevas amenazas a las que Europa debe hacer frente: terrorismo, proliferación de ADM, conflictos regionales, Estados fallidos y crimen organizado.

Retengamos pues esta idea: el terrorismo de alta letalidad como el del 11-S, apoyado o no en armas de destrucción masiva, es una amenaza muy real que no podemos exorcizar con buenas intenciones y con el que resulta casi imposible, no ya negociar sino incluso dialogar.

LA RESPUESTA

Si de los análisis micro pasamos al macro, las consecuencias del 11-S son todavía más evidentes. El primer resultado claro del 11-S fue la implosión del

mundo hacia los Estados Unidos, el flujo; como señaló *Le Monde* el 12 de septiembre, *Todos somos americanos*. Pero el segundo ha sido la explosión hacia fuera, el rechazo, el reflujo. Las campañas de Afganistán e Irak, respectivamente, marcan ese movimiento de sístole/diástole, de afirmación/negación de los Estados Unidos, transformados en Imperio mundial por su decisión de acometer Irak sin el respaldo ni de la ONU ni de la UE.

La nueva amenaza que supuso el 11-S va, sin embargo, a abrir una enorme brecha en Occidente, justo cuando la unidad de Occidente es más necesaria que nunca. Y ello porque a pesar de la “humildad” en política exterior que Bush prometió durante su campaña, el 11-S provocó una poderosa sobre-reacción en los Estados Unidos (y no sólo en los republicanos), pero produjo también una no menos marcada infra-reacción en Europa. Es fácil comprender esas dos respuestas divergentes al mismo fenómeno si comparamos las culturas políticas de uno u otro lado del Atlántico, e inmediatamente las veremos. Pero más interesante es intentar cartografiar los contornos de la infra o sobre-reacción.

Sin duda, donde la sobre-reacción americana es más patente y visible es en la propia erosión de los derechos civiles en Estados Unidos. La detención continuada y sin juicio (sin *habeas corpus*) de ciudadanos americanos acusados de “combatientes enemigos” es una grave violación de los derechos humanos y de la Constitución de los Estados Unidos. La retención en la base militar de Guantánamo de más de 600 combatientes detenidos en Afganistán, a quienes no se les aplica la convención de Ginebra por no ser soldados de un Estado en guerra, pero tampoco la Constitución de los Estados Unidos porque ni son nacionales ni están en territorio americano, inventando así un limbo jurídico donde reina la arbitrariedad y la anomia, es totalmente inadmisibile, como han denunciado repetidamente las organizaciones americanas de derechos civiles. Por no hablar de la “subcontratación” de la tortura de prisioneros de guerra o detenidos ilegalmente con aliados despóticos que la practican en sus países a cuenta de los Estados Unidos y delante de oficiales americanos.

El riesgo de que Estados Unidos pierda la libertad en la lucha por la libertad no es, sin embargo, grande y dos siglos de impecable historia demo-

crática hacen esperar que el sistema legal americano sabrá poner orden en los excesos que ha generado la Administración Bush. Ya lo está haciendo; no en vano es la más antigua democracia del mundo, jamás tentada por cesarismo, fascismo o populismo alguno, aun cuando la vitalidad democrática del país no esté en sus mejores horas.

Pero ciertamente, desde el punto de vista del posible “orden” internacional, la más evidente sobre-reacción aparece en la idea de “guerra” contra el terrorismo lanzada por el Presidente Bush el mismo 12 de septiembre y que va a guiar la estrategia e incluso la política exterior americana. “Sé que algunos se preguntan si América esta en guerra realmente. Perciben el terrorismo más como un delito”, argumentaba Bush en el discurso del Estado de la Nación de enero del 2004. Para concluir: “los terroristas y quienes les apoyan declararon la guerra a los Estados Unidos. Y eso es lo que han obtenido”. Los Estados Unidos están pues en guerra contra el terrorismo y eso, y no otra cosa, es el núcleo de la nueva doctrina estratégica.

Ahora bien, si es cierto que en sus consecuencias letales puede no haber diferencias sustanciales entre la “vieja” guerra y el “nuevo” terrorismo (pero tampoco deberíamos exagerar), sí las hay en sus causas y, más aún, en su tratamiento. No se combate el terrorismo con ejércitos sino con inteligencia (especialmente inteligencia humana), cancelando sus fuentes de financiación y, eventualmente, mediante acciones de comando precisas. Es cierto que Afganistán había sido capturado por un grupo terrorista y era necesaria una acción militar de intervención, que se realizó con todo el respaldo de la legalidad internacional. Pero la metáfora de la “guerra” contra el terrorismo no llega mucho más allá. Es más, no es sólo que los ejércitos actuales no son instrumentos adecuados para el antiterrorismo, es que su utilización puede ser claramente contraproducente. Como señala acertadamente (y con sordina) la *Estrategia de Seguridad Europea*, “a diferencia de las visibles y masivas amenazas de la Guerra Fría, ninguna de las nuevas amenazas es puramente militar ni pueden ser abordadas por medios puramente militares”.

En segundo lugar, es de destacar una patente exageración de la amenaza terrorista, que acaba fagocitando la agenda de la política exterior americana reducida a estricta seguridad nacional. Ni toda la inseguridad es reducible al

terrorismo, ni toda la política exterior puede enfocarse como política de seguridad. Acabar confundiendo las tres cosas en una sola para hacer del anti-terrorismo “la” política exterior de los Estados Unidos es la grave simplificación de la Administración Bush, es un monoteísmo de la seguridad (“teologizar el desafío”, señalaba acertadamente Brzezinski), que debía inevitablemente conducir al unilateralismo. Y la lista de desencuentros posteriores entre Estados Unidos y el resto del mundo en la articulación de un orden multilateral es amplia: desde el escudo antimisiles, previo a la guerra, la *National Missile Defence*, a la denuncia del protocolo de Kyoto, pasando por el protocolo para la verificación de la convención sobre prohibición de armas biológicas de 1975, el tratado de prohibición de ensayos nucleares (*Test Ban Treaty*), el tratado ABM, el acuerdo de Ottawa sobre minas antipersonales y, por supuesto, la Corte Penal Internacional.

Todo ello es preocupante pues, alimentado irresponsablemente por los medios de comunicación y no pocos políticos (que han acabado haciendo del anti-americanismo o del antieuropeísmo su programa único) ha generado climas de opinión asfixiantes con espirales de odio e incompreensión difíciles de parar. Tanto más si el anti-americanismo (y cierto antieuropeísmo americano) se ponen en relación con un poderoso y ciego antisemitismo que anega la mayoría de los países musulmanes y asoma la cabeza incluso en Europa, y con un no menos irracional antiarabismo que hace estragos en Estados Unidos y buena parte de la derecha europea obsesionada con el fenómeno inmigratorio.

Pero frente a la sobre-reacción americana debemos ubicar la infra-reacción europea que no alcanza a comprender lo que el 11-S significa. La percepción de que la amenaza terrorista se dirige sobre todo contra los Estados Unidos y, sólo secundariamente, contra Europa. La familiaridad de los europeos con el terrorismo, aun cuando se trate de formas distintas (y mucho menos letales) del mismo; la histórica familiaridad del Viejo Continente con la dura realidad de que el frente de batalla sea el propio territorio, algo inusitado para los americanos, y nuestro consecuente elevado umbral de tolerancia al riesgo; el tradicional síndrome de protectorado de los europeos (para qué ocuparnos de esas cosas; de eso se encargan ellos); nuestro éxito histórico en evitar el conflicto acudiendo a la suma de soberanías y la cooperación, y eso es la Unión Europea; finalmente, la aversión al uso de la

fuerza por parte de quien sabe bien sus impredecibles consecuencias y, en todo caso, carece de fuerzas que pueda proyectar o usar. Todo ello llevó a los europeos a minusvalorar la amenaza que pesaba y pesa sobre todos, generando una enorme brecha de incomprensión transatlántica. Que la Administración americana fuera ahora republicana, tradicionalmente con mala prensa en Europa, y más aún basada en un nuevo republicanismo tejano *dixiecrat* y neoconservador, más que liberal y de la costa Este, no hizo sino acentuar las diferencias, con excesiva frecuencia estereotipadas e incluso demonizadas, y que la reelección de Bush acentuó: “Si los americanos pueden reelegir a ese lerdo es porque todos ellos son neocon.”

Una infra-reacción, la de Europa, manifiesta en la resistencia a aceptar que estamos ante una amenaza real que requiere actuaciones y no sólo la crítica de los excesos de los Estados Unidos, y que, por lo demás, afecta también a Europa, esté o no en contra de los americanos, como aprendimos dolorosamente en Madrid y en Londres. La incapacidad de comprender que, en cualquier momento, los grupos terroristas pueden hacerse con armas de destrucción masiva, y esa amenaza no es un mito. Que, como sabemos bien, no hacen falta ADM para producir atentados hiper-terroristas. Que la conexión de grupos terroristas con Estados fallidos dotados de armas de destrucción masiva puede darse ahora mismo, como prueba el “caso Kahn” ya citado. Que la proliferación de AMD es un riesgo extremadamente serio. Que la ONU ha sido irrelevante hasta ahora para contener la proliferación, y ello se debe, en buena medida, a la tolerancia europea. Y que ni la disuasión ni el *engagement* funcionan para contener esta nueva amenaza, de modo que los medios pacíficos usuales son, con toda probabilidad, inútiles.

Un buen conocedor del tema, El Baradei, director general de la Agencia de Energía Atómica, nos previene con claridad del peligro:

“Existe una sofisticada red mundial que puede proporcionar sistemas para la producción de materiales que pueden emplearse en la fabricación de armamentos... A la larga será inevitable que los terroristas obtengan acceso a dichos materiales y tecnologías, si no a las mismas armas de destrucción masiva.... Es previsible que los países que se consideran vulnerables intenten solucionar su vulnerabilidad... la red de proveedores crecerá”.

Y concluye: “Si el mundo no cambia el rumbo, corremos el peligro de la autodestrucción”. Ciertamente, corremos el riesgo de una nueva MAD, de una destrucción mutua asegurada, pero esta vez jugada a muchas bandas y, lo que es peor, con jugadores eventualmente suicidas.

La crisis abierta por el conflicto de Irak ha sido así el choque entre la poderosa infra-reacción europea, acorde con la cultura política del Viejo Continente, y la no menos poderosa sobre-reacción americana.

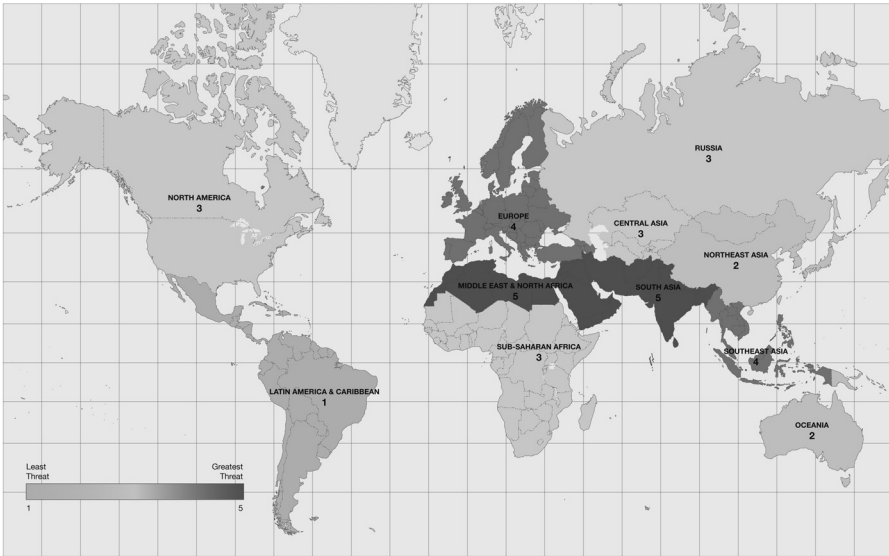
LOS RESULTADOS

No debería pues sorprender que los resultados de la guerra contra el terrorismo sean bastante magros, e incluso decepcionantes. No hablo, por supuesto de la situación en Irak, que se deteriora día a día, y camina, casi inevitablemente a su disolución en tres Estados, uno kurdo, otro chiita y el tercero suní, a cual más conflictivo. Hablo de la lucha misma contra el terrorismo a escala global. Pues si la estrategia americana era errónea, y además ha visto minada su legitimidad por la posición europea, el resultado sólo podía ser negativo.

Quizás el mejor análisis del estado actual de la “guerra contra el terrorismo” es el efectuado recientemente por el Council on Global Terrorism, un grupo internacional de expertos, cuyos análisis seguiré muy de cerca.

Para ese *think tank*, el mayor éxito, hasta el momento, habría sido proteger el territorio de los Estados Unidos donde, además, no hay evidencia alguna de infraestructura terrorista. No obstante, la duda no es “si” ocurrirá, sino cuándo, y existe el riesgo de desconocer su posible presencia. Es más, la posibilidad de que consigan hacer detonar una bomba sucia en un plazo de cinco años es muy alta.

Pero al margen de este indudable éxito, Occidente está viendo erosionada su posición en la lucha contra el radicalismo islámico, Al-Qaeda sigue activa, y emerge además un terrorismo nativo a los países occidentales más otro, nuevo, chiita. De hecho, Al-Qaeda cree estar ganando el conflicto, y el mero



hecho de que no haya sido derrotada por las superpotencias occidentales es prueba clara de la intervención de la mano de Alá, de modo que Bin Laden es percibido como un héroe musulmán, un mártir, en una misión sagrada. Los occidentales –piensan ellos– no continuarán en Irak más allá del 2013; no olvidemos que los soviéticos permanecieron en Afganistán 10 años. Y desde luego ellos piensan en escala de siglos, no de años, y saben que Occidente no es capaz de planificar en esa escala.

Y a medida que nos alejamos del cuartel general de Al-Qaeda y nos movemos desde los afiliados a los simpatizantes y al simple ciudadano, los resultados son peores. Pues nuestro mayor fracaso es la radicalización global y masiva de la población musulmana. Los 1.300 millones de musulmanes se han alejado de Occidente y la sociedad liberal como nunca, y su actitud es crecientemente hostil. De hecho, el debate no es ya si se es pro o anti-occidental, sino si se es pro o anti-terrorista. Una gravísima pérdida en la batalla de las ideas y la hegemonía que empuja el ascenso de la Yihad alrededor de un abanico de temas tales como: Irak, Afganistán, Guantánamo, Abu Ghraib y, por supuesto, Palestina. Irak, sobre todo, es la inspiración de una nueva generación de yihadistas con un fuerte sentimiento de camaradería. Radicalización que se alimenta desde las madrasas de Pakis-

tán, Asia del sudoeste o África, las páginas web de Internet, las mezquitas (incluso en Europa), las cárceles (también en Europa), y la televisión. El crecimiento demográfico de esos países, así como las crecientes tasas de urbanización y el escasísimo progreso económico, refuerzan esas tendencias. La red jerarquizada se ha transformado en franquicia y ésta en simple ideología. Y el “al-qaedismo” es dominante en el mundo musulmán.

A pesar de ello, –asegura el Council– los Estados Unidos no son la raíz o causa del problema, y sería necio minusvalorar el papel central que juega una creencia trascendente y radical, organizada y bien financiada (sobre todo en las mezquitas wahabitas) en la Guerra Santa. Lo que moviliza a los jóvenes es una Yihad global en la que los combatientes son percibidos como mártires de la fe, no como liberadores de ningún país o región, y cuya tarea es la de cambiar radicalmente el mundo para restablecer el Islam, si no el Califato. Y mientras tanto, la Europa que prohíbe el velo en las escuelas o publica caricaturas de Mahoma y tiene una poderosa emigración musulmana, ha pasado a ser objetivo prioritario, por delante incluso de los Estados Unidos.

El *sine qua non* de la estrategia antiterrorista es pues la sostenibilidad durante décadas a través de un amplio abanico de intervenciones, desde la guerra a las acciones de comando, inteligencia, coordinación, policía, integración de radicales individualmente, aislamiento de elementos radicales, y todo ello a la espera de un reflujo global.

La visión es muy negativa, aunque podría equilibrarse con algunas observaciones adicionales. La primera es que el islamismo político está dividido en numerosas corrientes. La dominante, más del 90%, es la representada por los Hermanos Musulmanes, quienes se oponen a la violencia. Otro tanto podemos decir de la mayoría de los gobiernos árabes, que ven en el islamismo radical una muy seria amenaza a la estabilidad de sus regímenes y que, por lo mismo, contemporizan con ellos al tiempo que tratan de integrarlos. En consecuencia, han activado el debate político y en no pocos países (Egipto, Túnez, Marruecos, Argelia, aparte Turquía y Jordania) las dictaduras han tenido que responder con una apertura del sistema y al menos una retórica reformista. La creciente tensión con Irán, una amenaza para todas ellas, les

obliga a buscar refugio, y Occidente es mayor garantía que el nuevo poder regional cuya religión chiita, y el hecho de no ser árabes, ha sido siempre motivo de desconfianza. No pocos islamistas se están socializando en la cultura política del compromiso y el realismo.

Todo ello significa que, frente al riesgo de una caída en dominó de los países árabes en manos del islamismo radical, un escenario posible (y muy preocupante para los españoles, que podríamos volver a ser la frontera de Occidente), la alternativa es la de una mayor tensión política dentro de cada Estado que, si se evita el conflicto civil, puede incluso favorecer las reglas del juego democrático. La situación interna de Palestina, tensionada al máximo entre la democracia y el riesgo de guerra civil, ilustra perfectamente esa alternativa en su modelo más extremo.

UN NUEVO MUNDO WESTFALIANO

En esta primera mitad del siglo XXI emerge así un nuevo escenario, por vez primera radicalmente mundial, marcado por dos eventos. De una parte ese nuevo terrorismo, cuyo telón de fondo y mayor riesgo es la proliferación de armas nucleares en Estados, no ya fallidos, sino exitosos como Estados totalitarios, y que pueden exportarlas a grupos terroristas. Pero, por otra parte, y con celeridad de vértigo, la emergencia de las nuevas potencias mundiales (China, India e Indonesia en Asia, y Brasil y México en América) que, junto con los Estados Unidos, serán las potencias hegemónicas en menos de veinte años. Y cuyo ascenso marca un retroceso en el peso relativo, no sólo del Hegemón, los Estados Unidos, sino sobre todo del peso absoluto de Occidente y, especialmente, de Europa.

Los datos demográficos son rotundos. En 1950 cuatro de los diez países más poblados del mundo eran occidentales, y tres eran europeos. Para el año 2050 no habrá ninguno europeo, ni siquiera Rusia; habrá tres americanos (Estados Unidos, Brasil y México), pero habrá dos africanos (Nigeria y Congo) y nada menos que cinco asiáticos: China, India, Indonesia, Pakistán y Bangla Desh. Para esas fechas los Estados Unidos y Europa serán, cada uno, algo menos y algo más del 5% de la población del mundo, un 10%. Y América Latina será

otro 10%. El viejo “Occidente” (incluyendo América Latina) se verá reducido a menos del 25%, y la vieja Europa, que en 1945 controlaba el 80% del territorio y el 80% de la población el mundo, será algo más del 5%. Mientras, una de cada cuatro personas será asiática, y una de cada cinco, africana.

La evolución se ve con mayor claridad si nos fijamos en las grandes ciudades. En 1900 nueve de las diez ciudades más pobladas eran europeas o americanas; Tokio era la excepción. Actualmente sólo México DF, Nueva York y Buenos Aires son occidentales, y para el 2015 sólo quedarán las dos primeras.

TABLA 1
Los diez países más poblados del mundo

Rango	1950 País	Pob.(millones)	2050 País	Pob.(millones)
1	China	562,6	India	1,601,0
2	India	369,9	China	1,417,6
3	EE.UU.	152,3	EE.UU.	420,1
4	Rusia	101,9	Indonesia	336,2
5	Japón	83,8	Nigeria	307,4
6	Indonesia	83,0	Bangla Desh	279,9
7	Alemania	68,4	Pakistán	267,8
8	Brasil	53,4	Brasil	228,4
9	Reino Unido	50,1	Rep. Dem. Congo	181,2
10	Italia	47,1	México	147,9

Fuente: U.S. Census Bureau, International Data Base.

Y si de la demografía pasamos a la economía la evolución es más rápida. El PIB de China, medido en dólares corrientes, ha sobrepasado ya al de Gran Bretaña y Francia, pero medido en paridad de poder adquisitivo es el segundo del mundo, algo menos del 80% del de los Estados Unidos. Y la India habría sobrepasado ya a Alemania. Pero el pronóstico para el 2050 (tanto de Goldman Sachs como de Pricewaterhouse) es que China alcance a los Estados Unidos, en términos reales, para el 2040. Las economías de Alemania, Gran Bretaña o Francia serán, cada una, un 20% de la China y la mitad que la India. Y México, Rusia y Brasil habrán sobrepasado a las “potencias europeas”.

De hecho, si comparamos el G7 (EE.UU., Japón, Alemania, R.U., Francia, Italia y Canadá), más España, Australia y Corea del Sur, contra las economías

emergentes del E7 (las siete mayores economías emergentes: China, India, Brasil, Rusia, Indonesia, México y Turquía), en el 2050 las segundas habrán sobrepasado a las primeras en no menos de un 15%.

TABLA 2

Tamaño relativo estimado de las economías en 2005 y 2050 (EEUU = 100)

País (índices con EEUU= 100)	PIB medido en tipos de cambio del mercado en US \$		PIB medido en Paridad de Poder Adquisitivo	
	2005	2050	2005	2050
EEUU	100	100	100	100
Japón	39	23	32	23
Alemania	23	15	20	15
China	18	94	76	143
Reino Unido	18	15	16	15
Francia	17	13	15	13
Italia	14	10	14	10
España	9	8	9	8
Canadá	8	9	9	9
India	6	58	30	100
Corea	6	8	9	8
México	6	17	9	17
Australia	5	6	5	6
Brasil	5	20	13	25
Rusia	5	13	12	14
Turquía	3	10	5	10
Indonesia	2	19	7	19

Fuente: Estimaciones de PricewaterhouseCoopers LLP (redondeadas al porcentaje más cercano)

Hacer sitio en el mundo a los países emergentes gracias a la globalización no será tarea fácil. Sólo China se ha transformado ya en la gran aspiradora de los recursos del mundo.

Las importaciones de petróleo chinas crecieron un 30% en 2003, las de cobre un 15% y las de níquel se duplicaron. Según el Asian Development Bank, China es hoy el mayor consumidor de cobre, estaño, zinc, platino, acero y hierro, y uno de los mayores importadores de aluminio, plomo, níquel y oro. En 2003 consumió el 50% del cemento mundial, el 30% del carbón, el 36% del acero y el 25% del aluminio y el cobre. Hoy representa la mitad del aumento

de la demanda mundial de crudo y es el segundo consumidor mundial de petróleo después de EE.UU., con seis millones de barriles diarios, más del doble de la producción actual de Venezuela. Y según el departamento de Energía de EE.UU., el consumo energético de China crecerá un 4,3% al año hasta 2020, un ritmo cuatro veces mayor que el de EE.UU. o de la Unión Europea.

Pensemos sólo en la energía. Europa tiene sólo el 2% del total de las reservas mundiales de petróleo, pero consume el 20%. Asia-Pacífico tiene más reservas, un 3,5%, pero consume ya más que Europa: casi un 30%. Y mientras tanto, Oriente Medio, con casi el 62% de las reservas, consume sólo un 7,5%. Y otro tanto podríamos decir del mercado del gas: ¿cómo organizar el mercado de la energía sin entrar en batallas por asegurar el abastecimiento? ¿Y qué pasará con pequeños países, como España, con una dependencia energética del petróleo y gas importado que supera el 70%, dependencia superior a la de la OCDE e incluso Estados Unidos? La pregunta es: la incorporación de China, India y otros grandes países como Indonesia, Brasil, México, ¿será como la de finales del XIX, la incorporación de Alemania tras la unificación de Bismarck, Japón tras la restauración Meiji, y EE.UU. tras la guerra civil, con sus respectivos ritmos de crecimiento? Los más pesimistas sostienen la comparación, e incluso en el escenario europeo la lucha por el abastecimiento ya ha comenzado y Alemania se entiende con Rusia al margen de la UE. Pues bien, aquello, la incorporación de tres nuevas potencias, las que marcarían el siglo XX, costó no menos de dos guerras mundiales.

Por supuesto, no es fácil ni previsible que estas potencias emergentes lleguen a articular alianzas entre ellas. Ni tampoco tendrán todas el mismo peso. Estados Unidos, Europa, China y la India serán, sin duda, cuatro polos en equilibrios inestables. Pero la deriva europea hacia China y el apoyo americano a la India, sumada a la distancia entre los dos lados del Atlántico permite presagiar todo tipo de juegos y trampas, con alianzas secundarias con Japón, Rusia, Brasil, Indonesia y otros poderes de segundo rango. En todo caso, no olvidemos que algunos de estos jugadores no son democráticos (China) o están dejando de serlo (Rusia), están nuclearizados (China, Rusia, India, Pakistán), cuentan con enormes ejércitos (el de China con más de dos millones y medio de soldados), tienen agravios históricos de fronteras (China, Pakistán) y su nacionalismo es creciente.

Y si permitimos que Irán o Corea del Norte continúen con su programa nuclear, ¿cómo evitar que se nuclearicen Arabia Saudita, Egipto o Japón? Y si Japón lo hace, ¿cuál será el próximo: Indonesia, Filipinas? No es difícil montar un artefacto si se dispone de uranio enriquecido, y éste se vende en el mercado negro. La comunidad internacional consiguió desarmar a Bielorrusia, Ucrania y Kazajstán, e interrumpir los programas nucleares de África del Sur y Brasil y, posteriormente, Libia. Pero el riesgo de proliferación, vinculado (ahora sin duda) a Estados fallidos, nos llevaría desde el escenario típico de la Guerra Fría (la destrucción mutua asegurada entre sólo dos grandes potencias), a la destrucción mutua asegurada entre una multitud de minipotencias regionales, un infierno imposible de gestionar.

Para el 2050 pues, sólo habrá un país occidental que seguirá siendo la mayor potencia del mundo, los Estados Unidos. Europa contará en la misma medida en que consiga superar su actual parálisis disgregadora para dotarse de poder político, de una política exterior, y de *leverage* de seguridad. Por el momento ni siquiera es un poder económico; es el mayor mercado del mundo pero, sin poder político que pueda gestionar esa inmensa economía, todavía no ha llegado a ser verdadero poder económico. No olvidemos que si el denario, la libra esterlina o el dólar llegaron a imponerse como monedas fuertes fue porque estaban respaldadas respectivamente por las legiones, la Royal Navy o las diversas flotas. ¿Qué poder sostiene al euro?

De modo que, en el corto plazo el terrorismo es sin duda la amenaza peyoratoria, sin duda si se combina con armas de destrucción masiva. Pero no debiera cegarnos. Pues, aunque puede ser exagerado comparar su alcance con el totalitarismo soviético, sí está sirviendo para dividir a Occidente en dos mitades, la atlantista y la que (como España hoy) trata de buscar un contrapeso al Hegemón en un mundo multipolar, y esa división es suicida. En un Occidente dividido Europa no avanza, y en ella crece el nacionalismo, y el hundimiento de Europa debilita poderosamente a Occidente en el otro frente estratégico, el de las nuevas potencias que, en breve, serán más poderosas que Francia, Inglaterra o Alemania aisladas entre sí y/o en confrontación con los Estados Unidos.

Lo que se dibuja en el horizonte es pues un mundo westfaliano de variadas potencias poderosas y en posesión de armas nucleares, para cuya gestión

las Naciones Unidas son impotentes (no han sido capaces ni de reformar la Comisión de Derechos Humanos). Un mundo multipolar, cierto, pero en el que, desafortunadamente, Europa y los Estados que lo componen, contamos cada vez menos. Ironías de la historia, el “nuevo orden planetario” parece encaminarse a ser una copia en mayor escala del orden westfaliano, la definitiva “europeización” del mundo: una colección de grandes potencias nuclearizadas en equilibrios de poder inestables y alianzas *ad hoc*. Habremos “contenido” al Hegemón, sin duda, pero habremos asegurado nuestra irrelevancia y abierto la puerta a un neo-feudalismo mundial. Los europeos deberíamos tener mucho cuidado al apostar por un mundo multipolar, no sea que veamos cumplidas nuestras esperanzas para tener que decir después: “no es esto, no es esto”.

¿Hay solución? Sí, posible aunque no probable. Hacer que las Naciones Unidas pasen de un multilateralismo ineficiente a otro eficiente, hacer que funcionen. Y para ello, articular en su seno un *caucus* de las democracias del mundo, únicos regímenes fiables y seguros, *caucus* cuyo núcleo duro sólo puede ser la alianza central que ha articulado el Occidente, la que abarca los dos lados del Atlántico (sí, también América Latina), alianza cuyo eje vertebrador sólo puede ser una OTAN reformada. Hoy, mucho más que nunca, el mundo necesita gobernabilidad y ésta, que inevitablemente pasa por las Naciones Unidas, necesita algo más: una voluntad y una dirección. Lo que necesitamos urgentemente no es una Alianza de Civilizaciones, que sólo sirve para ahondar en el problema reconociéndoles (a Irán en primer lugar) una legitimidad que no tienen, sino una alianza de países libres y democráticos. Por lo demás, y como ocurre con frecuencia, habrá que correr bastante para no perder posiciones, pues mientras nosotros dudamos, otros no lo hacen, y la reunión que, mientras escribo estas líneas, convoca en Pekín a 48 de los 53 países de la Unión Africana, que son otros tantos votos en Naciones Unidas, es el embrión del núcleo duro de otro *caucus* distinto, ya en marcha.

En los dos o tres próximos años sabremos si es o no posible articular una alianza de democracias. Tras las elecciones francesas comprobaremos si la Unión Europea es o no capaz de articular un liderazgo fuerte y reiniciar su camino, hasta ahora extraordinariamente positivo, pero enfangado en tensiones burocráticas, celos y neo-nacionalismos. Las elecciones presidenciales

americanas renovarán el liderazgo de ese país, y sin duda marcarán un rumbo distinto en su política exterior; será la oportunidad para reiniciar la colaboración atlántica. Hay indicios que permiten sospechar que, tras los Juegos Olímpicos del 2008, Hu Jintao y su equipo de renovadores pretenden lanzar una reforma política bajo el críptico eslogan de conseguir una “sociedad armoniosa”. Y finalmente, también en el 2008 habrá elecciones en Rusia. De modo que cuatro de los jugadores del ajedrez global verán renovados sus liderazgos justo cuando el mundo, y especialmente Occidente, comienza a ser consciente de sus profundas transformaciones. Lo bueno del futuro es que no está escrito. Es tarea de los hombres el hacerlo.